

P O E M A S

por
ENRIQUE CASARAVILLA LEMOS

LA CORRIENTE OTOÑAL

Una dulzura inmensa —inesperada—
puebla estas brisas. . .

Otoño intenso. . . invierno. . .

El campo está
más triste, más abierto. Se entristecen
las capillas.

Los árboles descenden en las hojas
amarillas
y hacia ellas sólo miran las congojas.

Con inmensa tristeza, y con herrumbres
la brisa
llora.

VISIÓN ANGÉLICA

Brilla, —con simple veste de la tierra. . .

Pero es un Ángel que ha bajado para
decirme:

 aún el infierno, con un ala alivié. . .

Me mira, mas mi cara

le oculto: lanzan soles sus ojos. Y después

—aunque de la ventura apenas clara

de su Visita nada más concluya—

que le muestro la faz que antes tapé. . . talo

malezas *sin amor* que hacen que me huya!

Cendal blanco le forma dulce pétalo. . .

CARTA MATUTINA. . .

Despertando —

la vena vaciada hundida en la tristeza—,
apunté:

 Reina, flor *ninguna* la

nada. Ningún asunto que llegue a importar se
ve, porque ninguno hay.

El brillo del sol; la negrura de

la noche; la serpiente, —una nueva hoja, el mundo:
apariencias.

 ¿Es algo realidad

o ser?

Nada

es.

REALIDAD

De cuando en cuando
voy a ver los Dragones de la tristeza
mohosos y llenos de años!
Viven dentro de una quinta maravillosa,
(cuya historia
sólo los libros de cuentos saben explicar).

Más allá de las verjas
casi circulares,
de una quinta oculta y secreta;
plateados y verdosos, invictos y pausados!

De cuando en cuando
voy a ver los Dragones de la tristeza,
que viven
en la quinta de los Misterios . . .

MISERIA DE LAS QUINTAS

Aquel pasado, enhébrase a los huesos;
lo que era llama y rayos
ahora el ánima huela.

¡Cuando éramos pequeños y corríamos
juntos con alboroto sin fin delicia loca,
entre las horas tiernas . . .!

—cuando brillaban fuentes limpias llenas
y de rosales altos, hoy anémicos
cálido olor en pétalos caía.

¡Dónde estarán ay! tantos camaradas
primeros, de estas Quintas
que sólo ahora reflejan
recuerdos!;

¡los más de ellos no están, oh árboles!
¡Algo que habla hay aún y algo suspira
hablando de sus juegos, de sus padres! . . .

—Rumores, tristezas; rota
estatua mira en las quintas,
calma fría que apena . . .—

¡Han desaparecido
 como aquellas
sonoras
horas!

EL HOMBRE

a Esther de Cáceres

No persuádenme el cielo ni el infierno . . .
Ni esto ni aquello me convence . . .! Sólo
tu ensangrentado Amor Cristo, persuádeme
—ni paraíso a soñar . . . ni purgatorio.—

¡Tú solo, echando sangre me convences
y trastornas y en llantos me revuelves! . . .

